

XXX Domingo Ordinario – 28 de Octubre 2018

Our Lady of Perpetual Help

Primera lectura: Jer 31, 7-9

Esto dice el Señor:

"Griten de alegría por Jacob, regocíjense por el mejor de los pueblos; proclamen, alaben y digan:

'El Señor ha salvado a su pueblo, al grupo de los sobrevivientes de Israel'.

He aquí que yo los hago volver del país del norte y los congrego desde los confines de la tierra. Entre ellos vienen el ciego y el cojo, la mujer encinta y la que acaba de dar a luz.

Retorna una gran multitud; vienen llorando, pero yo los consolaré y los guiaré; los llevaré a torrentes de agua por un camino llano en el que no tropezarán.

Porque yo soy para Israel un padre y Efraín es mi primogénito".

Salmo 125, 1-2ab. 2cd-3. 4-5. 6

R. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Cuando el Señor nos hizo volver del cautiverio, creíamos soñar; entonces no cesaba de reír nuestra boca ni se cansaba entonces la lengua de cantar.

R. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Aun los mismos paganos con asombro decían: "¡Grandes cosas ha hecho por ellos el Señor!" Y estábamos alegres, pues ha hecho grandes cosas por su pueblo el Señor.

R. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Como cambian los ríos la suerte del desierto, cambia también ahora nuestra suerte, Señor, y entre gritos de júbilo cosecharán aquellos que siembran con dolor.

R. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Al ir, iba llorando, cagando la semilla; al regresar, cantando vendrán con sus gavillas.

R. Grandes cosas has hecho por nosotros, Señor.

Segunda Lectura: Heb 5, 1-6

Hermanos: Todo sumo sacerdote es un hombre escogido entre los hombres y está constituido

para intervenir en favor de ellos ante Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidades. Por eso, así como debe ofrecer sacrificios por los pecados del pueblo, debe ofrecerlos también por los suyos propios.

Nadie puede apropiarse ese honor, sino sólo aquel que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. De igual manera, Cristo no se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote; se la otorgó quien le había dicho: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. O como dice otro pasaje de la Escritura: Tú eres sacerdote eterno, como Melquisedec.

Evangelio: Mc 10, 46-52

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó en compañía de sus discípulos y de mucha gente, un ciego, llamado Bartimeo, se hallaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que el que pasaba era Jesús Nazareno, comenzó a gritar: "¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!" Muchos lo reprendían para que se callara, pero él seguía gritando todavía más fuerte: "¡Hijo de David, ten compasión de mí!".

Jesús se detuvo entonces y dijo: "Llámenlo". Y llamaron al ciego, diciéndole: "¡Ánimo! Levántate, porque él te llama". El ciego tiró su manto; de un salto se puso en pie y se acercó a Jesús. Entonces le dijo Jesús: "¿Qué quieres que haga por ti?" El ciego le contestó: "Maestro, que pueda ver". Jesús le dijo: "Vete; tu fe te ha salvado". Al momento recobró la vista y comenzó a seguirlo por el camino.

XXX Domingo Ordinario – 28 de Octubre 2018

Our Lady of Perpetual Help

INVITACIÓN A LA ORACIÓN

En El Grupo dedica unos minutos para profundizar en silencio y conscientemente entra en la presencia de Dios.

PROCLAMACIÓN DEL EVANGELIO

El relato del encuentro de Jesús con Bartimeo, una de las historias favoritas de los niños, debería serlo también de los adultos. Cuando nuestro hijo mayor tenía como tres años, empezamos a leerle regularmente libros que contenían historias de la Biblia. Él conocía mejor la historia de Bartimeo de lo que nosotros nos habíamos percatado. En una reunión familiar, estábamos en un cuarto repleto de gente, cuando al niño empezó a moquearle la nariz profusamente. Después de haber tratado varias veces de conseguir con urgencia que su mamá le pasara un pañuelo desechable sin lograr captar su atención, exclamó: “¡Mami, ten compasión de mí, me está moqueando la nariz!”. El niño había aprendido bien la lección de que Jesús no dejó de prestarle atención a un grito que pedía compasión y él esperaba que su madre reaccionara de la misma manera.

Sin embargo, como adultos nos parecemos más a las multitudes que seguían a Jesús que a Bartimeo. Él estaba físicamente ciego, lo sabía y estaba seguro de que la misericordia de Dios sería lo único que podría ayudarlo. En un sentido espiritual, la multitud estaba igualmente ciega, como quedó tan claramente demostrado más adelante en el ministerio de Jesús, cuando tantos le dieron la espalda y consintieron que lo crucificaran. Pero ellos no se daban cuenta de quién era Jesús ni se percataban de su propia ceguera espiritual, no entendían su propia condición y no tenían la suficiente humildad y necesidad para suplicar misericordia. De igual manera, a menudo vamos dando retumbos por la vida sin reconocer nuestra propia ceguera.

La respuesta que le dio Jesús a Bartimeo debería llenarnos de esperanza. Su reacción contrasta marcadamente con la forma en que reaccionaron los muchos que rodeaban a Jesús y al ciego Bartimeo. Todos oyeron la exclamación de Bartimeo, pero para muchos la respuesta había sido una amonestación verbal de que debían permanecer en silencio y no perturbar a Jesús, o perturbarlos a ellos, con su deplorable condición. Por otra parte, Jesús no solamente oyó a Bartimeo con sus oídos sino también lo oyó con su corazón. Jesús siempre nos oye. ¡Siempre! Jesús siempre oirá entre la multitud aunque sea una sola voz que clame por ayuda.

Sin duda, durante todos los años que había estado ciego, Bartimeo había pasado mucho tiempo pensando en su condición. Dudo que en algún momento llegara a abrigar la esperanza de que iba a ser curado de su ceguera, pero cuando Jesús le pasó al lado, debe haberse apercebido de que se trataba de una persona especial. Su clamor por piedad esta vez no era el consabido ruego del mendigo que pide limosna, sino un genuino conocimiento de que este “profeta” estaba supuesto a realmente curar a las personas. De modo que, por necesidad, él exclamó con fe y esperanza: “¡Hijo de David, ten piedad de mí! Y ya conocemos el resto de la historia.

Y Jesús sigue preguntándonos: “¿Qué quieres que yo haga por ti?” En el Evangelio de Juan él dice: “Pide y recibirás, para que tu alegría sea completa”. ¿Nos parece en realidad que Jesús quiere que le preguntemos? ¿Nos parece que le importamos lo suficiente para darnos una respuesta? ¿Nos importa lo suficiente para pedir por las cosas debidas y evitar el error que menciona Juan, pedir y no recibir, porque “ustedes piden con la mala intención de derrocharlo después en sus placeres” (Santiago 4, 3). Debo confesar que es posible perder de vista, con perdón del lector por el juego de palabras, quién es Jesús y quiénes somos nosotros en él. Es fácil perder de vista que gozamos del privilegio de manifestarle nuestras necesidades. Y como san Francisco de Sales explica en su Introducción a la vida devota, Jesús siempre está presente para oír nuestro grito: “Aunque constatamos su presencia

XXX Domingo Ordinario – 28 de Octubre 2018

Our Lady of Perpetual Help

mediante la fe, debido a que no lo vemos con los ojos, a menudo nos olvidamos de él y nos comportamos como si Dios estuviera muy distante de nosotros. En realidad sabemos que está presente, pero como no solemos reflexionar acerca de ese hecho, actuamos como si no lo supiéramos. Por eso antes de rezar debemos siempre encaminar el alma hacia el pensamiento explícito y la consideración de la presencia de Dios... Por lo tanto, cuando se prepare para rezar debe decir de todo corazón: ‘¡Oh mi corazón, mi corazón, Dios está realmente aquí!’”¹

De Sales, san Francisco. Introducción a la vida devota, pp. 84, 85

INVITACIÓN A COMPARTIR EN GRUPO

Primera Lectura — Jeremías 31, 7-9

1. ¿Cómo le parece a usted que estos israelitas deberían responderle a Dios?
2. ¿Qué podemos aprender de este pasaje?

Segunda Lectura — Hebreos 5, 1-6

3. ¿Por qué piensa usted que Dios se preocupa tan intensamente por propia los pobres y los necesitados del mundo?
4. ¿Cómo se describe en este pasaje del libro Hebreos la función principal del sacerdote?

Lectura del Evangelio — Marcos 10, 46-52

5. Aparte de la ceguera física, ¿qué muestras de ceguera ve usted en la sociedad?
6. ¿Cómo reacciona usted ante la ceguera de otra persona?
7. ¿Qué pasos recomendaría usted para determinar el grado de la propia ceguera?
8. ¿Cómo podemos cultivar la fe de modo que nuestras peticiones a Jesús sean con base en la fe?

INVITACIÓN PARA ACTUAR

Determina una acción específica (individual o en grupo) que provenga del intercambio en el grupo. Cuando escojas una acción individual, determina que harás y compártelo con el grupo. Cuando escojas una acción en grupo, determina quién tomará responsabilidad para diferentes aspectos de la acción. Éstas deberían de ser tus primeras consideraciones.

CIERRE: INVITACIÓN A ORAR

Da gracias a Dios (en voz alta o en silencio) por los nuevos conocimientos, por los deseos despertados, por instrucciones aclaradas, por el don de la sinceridad y sensibilidad de los unos a los otros. Termina con un oración final.